

Categoría Primer Ciclo de la ESO

“Instinto de superación”

Era de noche, las olas amenazaban la costa sin cesar y aparentemente no veía nada. Metió su mano en el bolsillo, y rebuscó durante unos segundos. Finalmente encontró lo que buscaba, una foto, un poco deteriorada por el paso de los años. La miró fijamente, como si tuviera miedo de que la imagen desapareciera. De pronto, comenzó a recordar.

Era un cálido día de verano y Alba, una chica de veintidós años, se encontraba tirada en la cama. Había salido la noche anterior con sus amigos, y no se encontraba bien.

Su rostro mostraba los signos del cansancio. Con gran esfuerzo consiguió levantarse de la cama y se dirigió a la cocina. Sacó de un armario una caja de aspirinas y se tomó dos. Le esperaba un día duro, ya que era veintisiete de junio, el día en que se marcharía durante unos meses a la India. Había soñado con ese momento durante toda su vida. Y al fin, había llegado. Llamó a un taxi, cogió sus maletas, y abandonó su piso. Llevaba rato esperando cuando divisó, a lo lejos, el coche que la llevaría al aeropuerto. Tras un largo viaje llegó. Cogió su tarjeta de embarque, y se encaminó hacia el avión. Se sentía triste, pero a la vez contenta. Dejaba atrás todo su pasado, el lugar en el que había nacido, el lugar en el que había compartido grandes momentos. Dejaba atrás su hogar.

El viaje fue tranquilo; de vez en cuando había turbulencias, pero no fueron de gran importancia.

Tras ocho horas de viaje, llegó a su destino, la India. Estaba cansada, pues en el avión no había dormido nada, debido a los nervios.

Cuando llegó al hotel era de noche, por lo que sólo dejó sus maletas en la habitación, y se acostó a dormir, cubierta con unas finas sábanas.

Eran las ocho de la mañana, cuando los rayos de sol atravesaron su ventana. Abrió los ojos lentamente, hasta acostumbrarse a la claridad del día. Estuvo un rato acostada sobre la cama, pensando en todo lo que le quedaría por vivir ese verano. Todas las aventuras que correría, todo lo que aprendería, todo lo que conocería. Pasado un rato, decidió levantarse, y salir al exterior. Era un día caluroso, así que llevó todo lo necesario: protector solar, agua, ropa cómoda, etc.

Decidió dar una vuelta por el pueblo. Visitó algunos espacios culturales, fue al mercado, etc. De vuelta al hotel, vio una escena que la aterrorizó. Un padre le pegaba a su hija, delante del pueblo, y nadie hacía nada por ayudarla. Fue, entonces, cuando Alba decidió actuar. Corrió hacia el lugar de la escena, y se interpuso ante el padre. El hombre no supo como reaccionar, así que se alejó, y dejó a su hija allí, tirada en el suelo, en un mar de lágrimas. Ayudó a la chica a levantarse, y le secó las lágrimas. Alba se sentía extraña, era algo difícil de explicar. Había sacado el suficiente valor para enfrentarse a alguien que no conocía, y plantarle cara. La niña le sonrió, le dio las gracias, y salió corriendo.

A la mañana siguiente, Alba se centró en buscar a la niña. Tenía que saber las razones por las que su padre le pegaba, y nadie hacía nada. Buscó por las zonas cercanas al lugar donde se había desarrollado aquel amargo momento. Estaba agotada, tanto esfuerzo y, sin embargo, no había encontrado a la chica. Decidió irse al hotel, cuando de repente, la chica

apareció. Tenía una muñeca en la mano, algo deteriorada, y un poco antigua. Se acercó a ella, y comenzó a hablarle.

Disha , que así se llamaba la niña, le estuvo contando todo sus problemas. Hace cuatro años, su madre había muerto, y desde entonces su padre comenzó a comportarse mal con ella. La mandaba a hacer todas las tareas de casa: limpiar, cocinar, comprar, etc. Pero Disha era una niña de nueve años, y lo único que quería era estudiar y jugar. Hacer lo mismo que hacían las niñas de su edad. Pero su padre era superior a ella, y por más que lo intentara siempre tendría que obedecerle. Así era la dura vida de muchos niños y niñas de ese pueblo. Por el día trabajaban para sus padres, y por la noche buscaban un hueco para poder estudiar, para llegar a ser alguien en esta vida.

Alba, se quedó conmovida con su historia. No le cabía en la cabeza que un padre pudiera hacerle eso a su hija. Quizás no le cabía en la cabeza, porque en España todo era diferente. Los niños tenían que ir obligatoriamente al colegio, y si sus padres no querían, intervenían los asuntos sociales. Pero en la India no era así.

Era muy tarde, así que Alba decidió regresar al hotel. Pero no volvió sin antes haber quedado con Disha, en la plaza central. Esa noche, apenas durmió. Estuvo pensando en todo lo que esa niña había tenido que sufrir, y en todo lo que perdería si seguía así.

Se hizo de día, y no quería perder el tiempo. Se levanto rápidamente y salió a la calle. Llegó a la plaza, y allí estaba Disha con su vieja muñeca, a la cual le tenía gran aprecio. Fue el último regalo que su madre le hizo antes de fallecer. Alba le contó que tenía que hacer algo ante su problema, porque si seguía así su vida sería más dura de lo que era en esos momentos. Pero Disha

le tenía miedo a su padre. Le aterrorizaba saber la reacción de él al saber que una persona ajena a su vida sabía por todo lo que ella había pasado. Así que salió corriendo, por una calle muy estrecha. Alba salió corriendo detrás de ella, y la siguió durante un buen tiempo. Fue entonces cuando descubrió cuál era su casa. Por un instante pensó en entrar en ella y hablar con el padre de Disha. Pero era muy arriesgado. No podía entrar estando Disha dentro, ya que perdería su confianza, al no hacerle caso. Así que decidió esperar a que saliera de casa, a comprar como todas las tardes. Pasaron unos cuantos minutos cuando Disha salió corriendo a comprar. Era el momento. Alba se dirigió a la casa y tocó la puerta. Estaba nerviosa, ya que días anteriores se había enfrentado a ese señor, y no sabía cuál sería su respuesta. La puerta se abrió y Alba se alejó un poco. Pero grande fue su sorpresa al descubrir que el señor la invitó a pasar a su casa amablemente. Alba quería hablar, pero no le salían las palabras. Fue entonces cuando el padre de Disha empezó a hablarle. Le contó que la madre de Disha murió cuando ella era muy pequeña. Así que tuvo que encargarse de cuidarla. Disha siempre había querido estudiar, pero por problemas económicos, no podía. Sin embargo, ella seguía empeñada en estudiar. Por lo que su padre tuvo que tomar otra actitud. Le dolía ver que lastimaba a su hija, pero era la única forma, de que ella se diera cuenta de que debía trabajar, y de que no podía estudiar. Alba se quedó entristecida y a la vez avergonzada. Intentaba reprocharle al padre de Disha lo que hacía, sin apenas conocer la historia. Le pidió disculpas, y éste las aceptó.

Aún así Alba no se sentía bien. El problema no se había solucionado. El padre seguiría pegándole, y Disha seguiría sufriendo. Fue entonces cuando

tuvo una idea. Una idea que solucionaría todo. Le contó al señor que podrían irse a España. Allí él podría trabajar, y Disha podría estudiar como hacían todos los niños de su edad.

Y así fue, dos meses después estaban viviendo en España. Disha empezó a estudiar y su padre comenzó a trabajar.

De pronto Alba dejó de recordar. Alguien se acercaba muy despacio. Era Disha. Se sentó en la arena, y Alba le entregó la foto. La miró, era una foto de ella, con su padre y Alba, unos meses después de haber llegado a España.

En estos momentos Disha tiene diecinueve años, y está estudiando su segundo año de trabajo social, en una prestigiosa universidad. Aunque su padre ha muerto, ella ha seguido luchando para alcanzar su sueño. Alba tiene treinta y dos, y en cierto modo, se ha convertido en la hermana mayor de Disha. Juntas han pasado buenos y malos momentos, pero siempre han estado unidas.

A pesar de los obstáculos que nos podamos encontrar a lo largo del camino, no dejemos de luchar, porque si somos fuertes, y luchamos, conseguiremos todo lo que nos proponamos.

FIN

Gabriel García Hernández, Primer Ciclo de la ESO, IES Arucas-Domingo Rivero.